

la poesía de quien esos versos escribiera, quiere ser también «palabra hospitalaria», donde tal vez la que menos resuene sea la mía. O donde, al menos, la mía dé cobijo hospitalario (y servicial para mí) a otras voces que, desde sus perspectivas personales, se han ido sumando (y aún antes de la concesión de este premio, lo que las hace todavía más válidas) a este unánime reconocimiento laudatorio de una poesía que se ha alzado siempre como cántico o celebración. Acercó así, lo que yo pueda decir, a lo que ya han dicho Sobejano y Cañas; y me uno a ellos y en torno a Claudio Rodríguez en esta ocasión de alegría para todos por el Premio Nacional que a éste le fuera otorgado. Creo casi cumplir literalmente lo que el propio poeta había expresado en aquella misma «Oda...», cuando allí confiadamente afirma que la hospitalidad es *el origen de la fiesta y el canto*.

El título de este ensayo mío anuncia algo así como el adelanto de unas pistas para organizar una *antología esencial* de la poesía de Claudio Rodríguez. La necesidad de ceñir, en un rótulo, el contenido de lo que después en un texto se va a desarrollar, puede llevar (y tal es este caso) a una cierta desfiguración de lo que en verdad luego se ha de encontrar. Debido a ello, conviene precisar que por *esencial* no ha de entenderse aquí una selección de los poemas capitales o mayores en una obra que me permito calificar de casi antológica toda ella. Doy ese término, *esencial*, a los poemas que recogen, o se articulan, en torno a una motivación que sí es central, en el sentido de *sustancial*, en esa obra (dejando forzosamente a un lado otras tensiones que, desde ángulos diferentes y aún opuestos, pudieran en ella ser consideradas como igualmente significativas). Esa motivación que es, repito, esencial y definitoria en la creación poética del autor, pudiera resumirse así: «*La aparición de la verdad en un trance instantáneo que funda una claridad nueva*» (G. S.). O sea, la revelación o manifestación súbita de una verdad, de la verdad, que puede sorprender al espíritu, incluso en medio de la más inusual o vulgar circunstancia. Y esa manifestación, esa epifanía, es acogida siempre (poética, física y metafísicamente) como una iluminación, como una luz sobrepasadora que devuelve el lado escondido («el misterio») de la realidad, y bajo el efecto de la cual esa realidad puede ser sólo aprehendida en su verdadera *totalidad*. Pues únicamente por la acción de aquella epifanía, tal *integridad* de lo real es alcanzable (es al menos deseable); y la conciencia de esta necesidad (y de la limitación que supone el desentenderse de ella) ha logrado en Claudio Rodríguez algunas formulaciones paradigmáticas. En «Porque no poseemos», de *Alianza y condena*, el poeta habla de los hombres que sólo se atienen a la apariencia —la realidad exterior de las cosas— y les llama: *Ciegos para el misterio|y, por tanto, tuertos|para lo real...*

Y ese escrutamiento del misterio, que por sorpresa adviene como manifestación, revelación o epifanía, ha agujado de continuo el ejercicio poético de Rodríguez. Es más: le ha dado su vertebración *esencializadora*, al punto de que aún las verdades más inmediatas y comunitarias irrumpen en sus versos, al calor de la creación misma del poema, con ese algo de descubrimiento súbito que el propio lenguaje pareciera imponerle con total imperiosidad. Ya había atisbado incidentalmente este aspecto sustancial de su práctica poética al comentar algunos poemas de *Alianza y condena*, en el primero de mis trabajos referidos. Ahora Gonzalo Sobejano lo explora sistemática y centralmente, y remite la noción de *epifanía* a la que en su día ofreciera James Joyce

como atribuida a Stephen Dedalus («By an apiphany he meant a sudden spiritual manifestation, whether in the vulgarity of speech or of gesture or in a memorable phase on the mind itself»). Por mi parte, la había asociado yo (poniendo énfasis en que tal logro no implica en nuestro autor la autoproclamación del poeta como un ser egregio o superior) a una palabras de Alejo Carpentier en el prólogo a su relato *El reino de este mundo*. Escribe allí el novelista cubano: «Pero es que muchos se olvidan, con disfrazarse de magos a poco costo, que lo maravilloso comienza a serlo de manera inequívoca cuando surge de una inesperada alteración de la realidad, de una iluminación inhabitual o singularmente favorecedora de las inadvertidas riquezas de la realidad, percibidas con particular intensidad en virtud de una exaltación del espíritu que lo conduce a un modo de *estado límite*.»³

El conocedor de la poesía de Claudio Rodríguez, o quien, sencillamente, lea sus textos que a continuación presentamos, comprenderá qué bien se advienen algunas de las categorías propuestas por Carpentier (especialmente lo que toca a la «inesperada alteración de la realidad» y a su iluminación inhabitual o favorecedora) a los poemas aquellos en que, desde ese «estado límite» a que lo ha llevado la «exaltación del espíritu», el autor de *Don de la ebriedad* ha intentado notariar el instante supremo y único de la revelación, de la iluminación subitánea de lo real. Y tal instante, trasfundido ya en sabia palabra poética, puede igualmente arrojar su luz última y favorecedora sobre el alma ebria, la mente cuestionadora y aun desengañada, o la serena y madura reflexión del contemplador. Y se habrá notado que insinúo aquí, y resumo, la gradación sobre la que descansa la articulada trayectoria del poeta, tal como la establece Dionisio Cañas: «de una primera mirada *auroral intuitiva* [*Don de la ebriedad*]; a una segunda, *contemplativo-moral* [*Conjuros*]; y, por fin, a una tercera, *contemplativo-reflexiva* [gran parte de *Alianza y condena* y *El vuelo de la celebración*].»

En todas las etapas, en todos los libros, habrá siempre, no un solo poema, sino varios (incluso muchos: a Sobejano le es posible hasta enumerarlos en su estudio), cuyo «asunto» podría decirse que, a mayor o menor distancia, gira en torno a la captación de ese momento mágico de la revelación, del encuentro con lo que el espíritu oscuramente busca o presiente y al cabo logra de modo inesperado bajo muy diversos signos o manifestaciones, la descripción de cuyas benéficas consecuencias se convierte en la materia misma del poema. La minimísima antología esencial que sigue intenta detenerse en una composición (en algún caso, en dos) de cada libro del poeta, a través de las cuales la revelación concederá al hablante poemático lo que, en la respectiva etapa, pareciera reclamar más al autor: la «gracia poética» en *Don de la ebriedad*; la señal que conmina a la entrega moral del hombre al otro, a los otros (*Conjuros*); la verdad y la vida, la verdad que daría sólo su sentido raigal a la vida (*Alianza y condena*); el conocimiento total e integrador (*El vuelo de la celebración*). Y paso ya a la selección anunciada, insistiendo en lo que un poco más arriba quedó sugerido: las muchas otras piezas que podrían traerse en sustitución, o al lado, de las que aquí van.

Todos están de acuerdo sobre lo que, bajo su escritura audaz y libremente

³ CARPENTIER: *El reino de este mundo* (relato), Caracas: Primer Festival del Libro Venezolano, s/f, pág. 7.

visionaria (casi impensable en los años del socialrealismo, cuando ve la luz) se descubría en *Don de la ebriedad* (1953): una general imprecisión y vaguedad temática, que por ello mismo dotaba a aquella escritura de su más sutil capacidad de impregnación poética. El propio autor lo define así: «Mi primer libro se titula *Don de la ebriedad* precisamente por eso: la ebriedad de la existencia en sí, sin matices». De aquí la certera impresión de que allí, en ese volumen, «el poeta no canta nada precisamente, o canta universalmente todo» (G. S.). Sin embargo, tras ese libérrimo entramado expresivo, que actuaba como significante de una innegable ambigüedad y plurivalencia semánticas, se definían ya en *Don de la ebriedad*, con precoz lucidez, dos de los centros unificadores de toda la poesía de Claudio Rodríguez, y no sólo de la inicial o juvenil: la emoción exaltada frente al misterio de la naturaleza, por donde se canalizaba la proyección trascendente o metafísica del libro; y la íntima necesidad humana de corresponder con la dación de sí al ejemplo de aquélla, lo cual teñía ya al conjunto de una fuerte coloración ética. Es decir, que más allá de las muy visibles diferencias en tono expresivo de *Don de la ebriedad* con respecto a la obra posterior de su autor, ya en ese temprano cuaderno quedaban delineadas las dos tensiones centrales de su quehacer poético: la volición metafísica y el entañamiento moral.

Mayor valor premonitorio aún, y ahora descendiendo al particular tema de estas notas, revela el hecho de haber colocado como texto primero del libro (que, por ello, abre también toda su obra poética), el que a continuación se ofrece, y que ha de leerse como una verdadera cifra de ese mecanismo de la revelación que comenzamos aquí a documentar. La pieza podría recibirse como estructurada en tres secciones. Una primera (1-7), que contiene la descripción «objetiva» de la iluminación de la realidad —de las cosas— por una luz trascendente (*la claridad*), que, viniendo de lo alto, ha de ocupar las cosas y darles su total sentido. Otra, intermedia (desde la segunda mitad del verso 7 hasta el 16), que comienza por cuestionar la naturaleza de ese don y concluye por reclamar nerviosamente la urgencia de una concreción material de aquella luz o claridad. Y la tercera y final (17-24), que suscribe la apetencia apasionada del hablante por sustanciarse plenamente, casi se diría que por interfecundarse, de ese supremo beneficio. Teniendo en cuenta esta división interna (formalmente Claudio Rodríguez ha gustado, por lo general, de la indivisión estrófica o exterior), léase ahora el poema:

*Siempre la claridad viene del cielo;
 es un don: no se halla entre las cosas
 sino muy por encima, y las ocupa
 haciendo de ello vida y labor propias.
 Así amanece el día; así la noche* 5
*cierra el gran aposento de sus sombras.
 Y esto es un don. ¿Quién hace menos creados
 cada vez a los seres? ¿Qué alta bóveda
 los contiene en su amor? ¡Si ya nos llega,
 y es pronto aún, ya llega a la redonda,* 10
a la manera de los vuelos tuyos